

JORGE IGNACIO GARCÍA CUERVA

---

## LA IGLESIA EN BUENOS AIRES DURANTE LA EPIDEMIA DE FIEBRE AMARILLA DE 1871

Según el diario de la epidemia de Mardoqueo Navarro

### RESUMEN

Durante la primera mitad de 1871 Buenos Aires sufrió una epidemia de fiebre amarilla. El relato del periodista catamarqueño Mardoqueo Navarro constituye un documento de particular valor acerca del rol escasamente reconocido de la Iglesia, debido a la postura anticlerical de Navarro.

*Palabras clave:* Fiebre amarilla, historia, Iglesia Católica.

### ABSTRACT

During the first half of 1871 Buenos Aires was struck by yellow fever. Nearly 14.000 people died. A Journal was written by Mardoqueo Navarro. He is a valuable witness of the neglected role of the Church because of his anti clericalism.

*Key words:* Yellow fever, history, Catholic Church.

## Introducción

La epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires durante el primer semestre de 1871 fue uno de los acontecimientos más dramáticos que sufrió la ciudad desde su fundación.

La peste arrasó con familias enteras llegando a morir alrededor de 14.000 personas. En una ciudad donde el índice normal de fallecimientos diarios no superaba los veinte, hubo días en el mes de abril en que murieron más de 500 habitantes. Se colmaron todos los hospitales y lazaretos habilitados, se desarticularon las diversas instituciones nacionales, provinciales y municipales establecidas en la capital, emigraron la mayoría de los porteños y la situación se tornó absolutamente caótica.

Sin embargo hubo muchos que optaron por quedarse en la ciudad, enfrentar la situación y ayudar a los miles de enfermos que caían diariamente víctimas de la fiebre.

A mediados de marzo de 1871 se conformó la Comisión Popular de Salubridad Pública, un organismo integrado por las personalidades más influyentes de la sociedad porteña. La mayoría de ellos eran activos masones contrarios a la Iglesia. Su labor en contra de la fiebre amarilla fue importante, y revalorizada históricamente en los distintos estudios que se hicieron sobre el tema.

Pero hubo otra institución que asumió el desafío de atender a las víctimas de la enfermedad, el reto de dar respuesta al dolor y al desconcierto que vivía Buenos Aires en ese momento. Ella fue la Iglesia; sus sacerdotes, sus religiosas y religiosos y sus laicos comprometidos, permanecieron en la ciudad y lucharon cotidianamente poniéndose al servicio de sus semejantes y encarnando el amor al prójimo.

Pero la historia pareció haberse olvidado de ellos. Ya desde esos días de 1871 existió un silencio sorprendente en los periódicos y publicaciones sobre el accionar de la Iglesia. Sólo se registraron críticas infundadas y consideraciones aisladas sobre el proceder de algunos sacerdotes en particular. No se realizó, salvo excepciones, ningún análisis más completo y objetivo ajeno a las ideas anticlericales sustentadas por la masonería y mayoritarias en ese momento.

El presente artículo pretende rescatar del olvido y demostrar que, además de la Comisión Popular, la Iglesia de Buenos Aires estuvo a la altura de las circunstancias luchando denodadamente contra la peste.

La principal fuente utilizada es una obra contemporánea a la epidemia de 1871, el *Diario de la epidemia* del periodista catamarqueño Mardoqueo Navarro, que relata con frases cortas y hasta lapidarias los distintos hechos que se sucedieron entre el 27 de enero y el 22 de junio de aquel año en la asolada ciudad de Buenos Aires.

Aunque la obra es breve, Navarro menciona varias veces a la Iglesia, ya sea para resaltar la labor de algunos de sus hombres y mujeres, (inclusively sus nombres son escritos en negrita), ya para criticar alguna de sus prácticas religiosas. A la vez, en su *Diario* dejó notar su postura ideológica: su fuerte compromiso con la Comisión Popular y sus miembros, (recordando que el periódico *La República*, en el que él trabajaba, era de Manuel Bilbao, uno de los principales propulsores de la conformación de la mencionada comisión), su actitud opositora a los gobiernos provincial y municipal, su relación con la masonería. Sin embargo, esto no lo cegó ni le hizo parcializar la narración de los acontecimientos, dado que, con la misma libertad con que señalaba los errores de alguien, podía resaltar lo positivo.

Cada mención que se hace sobre la Iglesia en esta obra es estímulo para buscar en otras fuentes qué papel jugó la Iglesia durante la epidemia, recurriendo a los archivos religiosos, a los diarios de la época (*La Nación*, *La Prensa*, *La República*, *El Nacional*, *La Tribuna*, *La Discusión*, *The Standard*), y a publicaciones médicas especializadas que, ya desde ese momento, intentaron explicar el origen y el tratamiento curativo de la fiebre amarilla.

Hacia 1872, el trabajo de Mardoqueo Navarro era difícil de conseguir, por lo cual se supone que el tiraje fue corto. Recién en abril de 1894 se volvió a publicar en los *Anales del Departamento Nacional de Higiene*, número 15, año IV, con el título “Fiebre amarilla, 10 de abril de 1871”. La mayoría de los autores que posteriormente consultaron la obra, lo hicieron a través del ejemplar publicado por los *Anales* en 1894.

Un ejemplar del mismo año 1871 del *Diario de la epidemia* se halla en el Archivo General de la Nación, en el archivo y colección de Andrés Lamas (1849-1894), legajo 2672.

## 1. Antecedentes de la epidemia

Las tierras en donde se emplazaría la ciudad de Buenos Aires no podían dar origen a epidemia ni endemia de clase alguna, de modo que fue-

ron las poblaciones inmigrantes las que sembraron entre los habitantes las pestes continuas que asolaron la ciudad. Las primeras víctimas resultaron ser los escasos indígenas vecinos de ella y los negros importados, por lo cual puede creerse que las pestes fueron de origen blanco, e introducidas en los navíos europeos.<sup>1</sup>

En Buenos Aires, las pestes debieron iniciarse el mismo año de la repoblación, 1580, o muy poco después, por cuanto ya en 1600 se recordaban las muchas pestes que habían assolado la ciudad. Fiebre tifoidea, tuberculosis, viruela, eran enfermedades comunes en el siglo XVI y XVII que asolaban la población.

*“La epidemia de birgüelas y tabardillo (tifus) que comienza entre los negros, pasa a los indios y luego a los jóvenes y niños... y de veinte días a esta parte ha sido muy grande el daño que ha hecho pues han muerto en esta ciudad de todo género de personas más de 700.”<sup>2</sup>*

Al terminar el siglo XVII las pestes en Buenos Aires declinaron. Disminuyó la morbilidad y la mortalidad; las epidemias eran cada vez menos frecuentes y menos mortíferas, aunque la ciudad, ya de 120 años de edad, conservaba en sus pozos ciegos los residuos de aguas negras de las generaciones que pasaban, acumulando gérmenes y detritus en las proximidades de los pozos de agua. La población bebía agua del río de la Plata y de vertientes de la segunda napa que se hallaban a una profundidad aproximada de 30 metros. Esto generaba terribles condiciones sanitarias que recién comenzaron a revertirse hacia finales del siglo XIX.<sup>3</sup>

En 1717 se inició otra epidemia en Buenos Aires. Algunos autores señalan que fue una grave epidemia de escorbuto, tifus, viruela y fiebre amarilla.<sup>4</sup> Otros estudiosos del tema, Besio Moreno entre ellos, se inclinan a pensar que no había sido ésta una epidemia de fiebre amarilla dado que para esa época la enfermedad se extendía en La Habana y las Antillas, con las cuales Buenos Aires no tenía casi contacto; además los viajes eran larguísimos por mar como para traer muchos mosquitos transmisores

1. Cf. N. BESIO MORENO, *Historia de las epidemias en Buenos Aires. Estudio demográfico estadístico*, en *Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina*, Tomo III, Buenos Aires, 1940, 84 y ss.

2. M. PRADO, “Información a la Corte española en julio de 1621”, en N. BESIO MORENO, *op. cit.*, 94.

3. Cf. N. BESIO MORENO, *op. cit.*, 101-103.

4. Cf. E. CANTON, *Historia de la medicina en el Río de la Plata desde su descubrimiento hasta nuestros días*, Madrid, 1928, Tomo I, 376-377.

de la enfermedad; finalmente observa que la epidemia se mantuvo un invierno íntegro, y como en tales tiempos Buenos Aires no conocía la calefacción, y la temperatura debió descender mucho, es evidente que la fiebre amarilla no hubiese podido subsistir.<sup>5</sup>

Hacia 1742 otra epidemia arrojó 965 víctimas, casi el triple de las que ocurrían anualmente. Cantón vuelve a sostener que esta epidemia era fiebre amarilla.<sup>6</sup>

El 8 de febrero de 1790 se detectó un caso de fiebre amarilla en Buenos Aires. Fue certificado por el doctor Miguel Gorman, protomédico general, alcalde mayor, presidente del Tribunal del Real Protomedicato y socio de la Real Academia de Medicina. La víctima se llamaba José Valle, fallecido en su casa junto al convento de las monjas catalinas.<sup>7</sup>

En 1821 el General San Martín y el Ejército Libertador del Perú sufrieron una epidemia de fiebre amarilla; la peste se arraigó en las concentraciones de las tropas, y los campamentos de Huara se transformaron rápidamente en lazaretos y hospitales. La fiebre también arremetió contra los realistas españoles que se diezmaron.<sup>8</sup>

En 1858 la fiebre amarilla invadió Buenos Aires, siendo esta la primera epidemia de la enfermedad. Hasta aquel año sólo se habían registrado casos aislados y de dudoso diagnóstico. La peste llegó en barcos procedentes de Brasil. Hasta mediados de abril la epidemia se mantuvo circunscripta a la zona sur de la ciudad; luego comenzó a extenderse por otros puntos, pero sin causar un número considerable de víctimas, ya que la peste terminó completamente en el mes de mayo dando lugar a unos 250 enfermos con 150 defunciones.<sup>9</sup> Entre los sucesos que llamaron la atención en esta epidemia, y que se reproducirían en la de 1871, se cuenta el hecho de que los enfermos de fiebre amarilla que salían de Buenos Aires para ir a curarse o a morir en los pueblos vecinos de la campaña, como Belgrano o Flores, no reproducían la enfermedad, agotándose en ellos la infección.

5. Cf. N. BESIO MORENO, *op. cit.*, 106.

6. Cf. E. CANTÓN, *op. cit.*, 384-386.

7. Cf. A. MEYER ARANA, *La caridad en Buenos Aires*, Buenos Aires, 1911, Tomo I, 351-352.

8. Cf. L. RUIZ MORENO, *La peste histórica de 1871*, Paraná, 1949, 72-73

9. Cf. R. BERRUTI, "La epidemia de fiebre amarilla de 1871", en *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1971, vol. 49, 13-15.

En 1870, entre febrero y junio, se produjo una pequeña epidemia que fue la antesala de la terrible de 1871. Fue importada de Río de Janeiro y el foco principal se radicó en cuatro manzanas pertenecientes a los barrios de Catedral al Norte y de San Miguel. Cundió la alarma entre los habitantes de la ciudad, pero el gobierno reaccionó rápidamente.<sup>10</sup>

El doctor Eduardo Wilde, protagonista en la lucha contra el flagelo de 1871, registra tres epidemias antes que esta:

*“Tres veces ha invadido la fiebre amarilla a esta ciudad y las tres veces se ha limitado a un barrio, alejándose el mal elemento en poco tiempo y sin grandes esfuerzos de nuestra perezosa población.”*<sup>11</sup>

Así se llega a 1871. En este año, y como preludeo de la epidemia de Buenos Aires, se desató una peste de fiebre amarilla en la provincia de Corrientes de características catastróficas. Hubo acefalía del gobierno provincial y sólo quedó como gobernador don Pedro Igarzábal junto al ministro de Hacienda. Esta epidemia causó, de los 11.000 habitantes, 2.000 muertos, de los cuales cuatro eran médicos, los doctores José Ramón Vidal, Javier Puig de Maza, Carlos Fosati y José María Mendia, y dos practicantes, Carlos Harvey y Luis Baibiene. Al fallecer Igarzábal, un decidido vecino, Gregorio Zeballo, se hizo cargo del poder hasta que las tropas que regresaban de Paraguay se pusieron al servicio de la población.

Corrientes enfrentó prácticamente sola la lucha contra el flagelo ya que en ese momento la ciudad de Buenos Aires comenzaba a adentrarse en el mismo drama. Algunos autores destacan la obra cumplida por los frailes de los conventos de la Merced y de San Francisco, especialmente de los primeros cuya jurisdicción comprendía los barrios del oeste, donde la epidemia hizo gran cantidad de víctimas.<sup>12</sup>

10. Una planilla del Cementerio del Sud correspondiente al 26 de mayo de 1870 registra 23 difuntos a causa de la fiebre amarilla entre el 31 de marzo y el 23 de mayo de aquel año; Cf. *Archivo General de la Nación*, en adelante AGN, sala X, 32, 6-7.

11. E. WILDE, “Controversias sobre la epidemia de 1871”, en *Tiempo Perdido*, Buenos Aires, 1878, Tomo I, 297.

12. Cf. E. CONI, *La provincia de Corrientes, Descripción general, Higienización, Saneamiento, Profilaxis práctica, Climatología médica, Epidemiología, Demografía y Estadísticas sanitarias, Asistencia pública y Beneficencia*, Buenos Aires, 1898, 457 y L. RUIZ MORENO, *op. cit.*, 373.

## 2. Primeros casos en Buenos Aires en 1871

*“Vivíamos con una indiferencia a toda prueba encima de un volcán terrible, rodeado de charcos pestilenciales, envueltos en todas las emanaciones hediondas producidas por la incuria nuestra, erguíamos nuestros palacios en capas de inmundicias, que en el seno de la tierra destilaban lenta, pero seguramente, el veneno que debía transformar nuestras alcatifas en sudarios horriblos.*

*Veíamos imposibles cambiarse nuestras calles en ríos fangosos, que bajo las caricias demasiado ardientes de un sol incansable, en lugar de arterias de la vida, se hacían vehículos de la muerte.*

*Y todos estos vapores metíficos, acusadores elocuentes e implacables de la negligencia pública y privada, se hacinaban en columnas verdaderamente infernales, capaces de transformar el éter más puro en exhalaciones del valle de Upa!*

*Apenas faltaba una chispa fatal para provocar la explosión...y esta chispa aún debe salir de nuestra incuria, de nuestra indiferencia homicida.*

*El horrible azote de la fiebre amarilla diezmaba las poblaciones de la Asunción y de Corrientes, y le dejamos puerta franca, y entró completándose en los elementos propicios que le habíamos amontonado...*

*La muerte ya extendía sus brazos descarnados hacia nosotros, aún nos divertíamos locamente en las delicias carnavalescas, y siquiera teníamos lazaretos, ni corporaciones capaces de atacar y combatir el mal, ni la conciencia de este mismo mal [...]”<sup>13</sup>*

Las primeras víctimas de la fiebre amarilla de 1871 tuvieron lugar en dos manzanas del barrio de San Telmo limitadas por las calles Cochabamba, Bolívar, San Juan y Defensa, y por las calles Cochabamba, Perú, San Juan y Bolívar la otra. Las viviendas situadas en las calles Bolívar 392 y Cochabamba 113 fueron los primeros focos de infección. El 21 de enero murieron allí todos los integrantes de la familia Bignollo. A pesar de que el Dr. Juan Antonio Argerich firmó un certificado de defunción que especificaba que las causas de los fallecimientos eran gastroenteritis e inflamación de los pulmones, una carta del comisario de la sección 14, Filemón Naón, al Jefe de Policía, Enrique O’Gorman, expresa que eran casos de fiebre amarilla.<sup>14</sup> Seguramente el médico reservó la información por precaución, para no generar un pánico general en la población.

13. “Recuerdos 1871 y Esperanzas 1872”, en *El Plata Ilustrado, Semanario de Literatura, Artes, Modas y Ciencias*, 7 de enero de 1872, 13.

14. Cf. AGN, Sala X, 32-6-7, *Nota del comisario Filemón Naón a Enrique O’Gorman*, 25 de enero de 1871.

Oficialmente registrado el primer caso de fiebre amarilla, se denunció el 27 de enero, día en que fallecieron tres personas.<sup>15</sup> La Comisión Municipal presidida por Narciso Martínez de Hoz designó a los doctores Luis Tamini, Santiago Larrosa, y Leopoldo Montes de Oca, para que informaran de la veracidad de denuncias circulantes de existencia de fiebre amarilla. Los citados consejeros se expidieron afirmativamente. No obstante la seriedad del informe, las autoridades del Consejo de Higiene Pública demoraron inexplicablemente la toma de conciencia y la adopción de medidas tendientes a neutralizar la propagación del terrible flagelo.

Hacia fines de enero y comienzos de febrero, las noticias sobre fiebre amarilla comenzaron a multiplicarse tímidamente en distintos medios escritos. Como ejemplo:

*“Fiebre amarilla: Un amigo, doctor en medicina, nos ha participado tristes nuevas respecto a la fiebre amarilla. Asiste a dos personas que la sufren: una en la calle Cochabamba n° 82 y la otra en la esquina de Bolívar y Garay.”*<sup>16</sup>

La difusión de la enfermedad se desarrolló en dos etapas. La primera desde mediados de enero hasta el 9 de febrero, saliendo de su foco primitivo, Bolívar 392 y Cochabamba 113, y propagándose por las calles Brasil, Perú, San Juan, Humberto 1º, Estados Unidos, Chacabuco, Defensa y Garay. La segunda etapa, a partir del 9 de febrero, donde la epidemia continuó desarrollándose en San Telmo, pero además se difundió en otros barrios parroquiales del norte y sur de la ciudad.<sup>17</sup>

La Municipalidad y el Consejo de Higiene Pública se abocaron a la solución del problema, tratando de que la enfermedad no se propagase por toda la ciudad.<sup>18</sup> Las comisiones parroquiales, ante la creciente gravedad de la situación, fueron organizando los servicios médicos, con aprobación de la Comisión Municipal. Las parroquias eran colocadas sanitariamente en manos de un médico encargado de la atención gratuita de los indigentes.<sup>19</sup>

15. Cf. *Estadística de la mortalidad ocasionada por la epidemia de fiebre amarilla durante los meses de Enero, Febrero, Marzo, Abril, Mayo y Junio de 1871*, Buenos Aires, 1871, p. 3

16. Diario *La Discusión*, en adelante LD, 1 de febrero de 1871.

17. Cf. R. BERRUTI, *op. cit.*, 556-557.

18. Es interesante señalar el rastreo de los orígenes de la epidemia de 1871 que realizó el Dr. Penna un cuarto de siglo después de los hechos, casa por casa, de acuerdo a la antigua numeración de las calles porteñas. Ver J. PENNA, “Estudio sobre las epidemias de fiebre amarilla en el Río de la Plata”, en *Anales del Departamento Nacional de Higiene*, volumen especial semestral, Buenos Aires, 1895, 29 y ss.

19. Cf. O. VACAREZZA, “Recordación de los médicos y practicantes caídos durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871”, en *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1971, vol. 49, 610 y ss.

### 3. Labor de la Iglesia al comienzo de la epidemia: febrero-marzo de 1871

#### 3.1 Primeras disposiciones

*“Mientras las comisiones parroquiales y las autoridades se preocupan por combatir los estragos de la fiebre, el clero también ha querido hacer oír su palabra. El clero no ha ofrecido ni dinero, ni servicios personales, pero ha recomendado a los incautos que hagan alguna limosna en cambio de la dispensa del ayuno.”<sup>20</sup>*

La falsedad de estas palabras se demuestra claramente con los hechos históricos que se produjeron en esos días. Incluso ya la epidemia había cobrado una de sus primeras víctimas en un sacerdote preclaro, el padre Antonio Domingo Fahy, fallecido el 20 de febrero.<sup>21</sup>

*“Día 21 de febrero: El consejo declara fiebre amarilla a todas las fiebres. Proyecto para limpiar el Riachuelo. **Muere el Rdo. Fahy.**”<sup>22</sup>*

De la misma manera que los médicos debatieron sobre si la epidemia era o no fiebre amarilla hasta por lo menos los primeros días de marzo, y la ciudadanía en general seguía participando imprudentemente de los carnavales como si nada ocurriese, la Iglesia también fue asumiendo la gravedad del drama a medida que los días avanzaban y el número de víctimas iba en aumento.

Desde principios de febrero en algunas parroquias se organizaron novenas y se rezaron misas para pedir la desaparición de la fiebre y el buen tiempo, ya que las copiosas lluvias azotaban la ciudad.

*“El Capellán de Santa Lucía invita a rezar para pedir por la lluvia y la desaparición de la epidemia en la Parroquia de San Telmo.”<sup>23</sup>*

Sin embargo, y aunque aún no había una organización cierta contra la peste, no faltaron las voces que criticaron duramente este accionar es-

20. Diario *La República*, en adelante LR, 9 de marzo de 1871.

21. Cf. M. MULHALL, “El Padre Fahy”, en *Revista Argentina*, Buenos Aires, 1871, Tomo X, 509.

22. M. NAVARRO, *Diario de la epidemia* (en adelante DMN), Buenos Aires, 1871. La letra en negrita está en el original.

23. Diario *La Nación* (en adelante LN), 12 de febrero de 1871. Este sacerdote será el futuro arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Mariano Antonio Espinoza.

piritual de la Iglesia acusándola de inerte y sosteniendo que era inútil rezar. Mardoqueo Navarro se hace eco de estas críticas afirmando:

*“Día 11 de marzo: El Clero hace rogativas y la peste víctimas.”*<sup>24</sup>

*“¡Nos hemos salvado!: El clero católico está tomando medidas salvadoras a favor del pueblo. Ayer han empezado en la Catedral las Rogativas por la conclusión de la peste. Se ha dispuesto que los señores Sacerdotes digan en las misas las oraciones pro tempore pestilentiae et mortalitatis. Se va a dar principio a la novena de San José. La mundana grey debe admirar con estática gratitud a los representantes de Jesús en la tierra. Nos han salvado.”*<sup>25</sup>

A pesar de este clima hostil, las distintas parroquias fueron organizando sus actividades pastorales de Cuaresma teniendo muy en cuenta la difícil situación que se había comenzado a vivir en la ciudad.

El 1 de marzo el obispo León Federico Aneiros dispuso del ayuno cuaresmal a quienes ofrecieran dinero para ayudar a la atención de los enfermos.<sup>26</sup>

Respecto a las donaciones, cabe destacar la generosa ofrenda de la Orden Tercera de San Francisco que el 16 de marzo entregó a la Comisión Popular la suma de cinco mil pesos moneda corriente y la alcancía de San Roque dándole la llave. Esto cobra mayor importancia aún si se comparan las sumas de dinero de distinta procedencia que la Comisión Popular recibió durante la primera quincena de marzo.<sup>27</sup>

En los últimos días de marzo, ya arreciaba la epidemia. Se realizaron consultas entre el gobernador, Emilio Castro, y representantes de la Comisión Popular, el Consejo de Higiene Pública, la Facultad de Medicina y la Comisión Popular. Resultado de estas consultas fue el definitivo decreto sobre la organización médica que se firmó el 31 de marzo, con la aprobación de Monseñor Aneiros. Los médicos, a partir de la firma de este decreto, en su artículo 3º, residirían en las casas parroquiales, por ser lugares bien conocidos por la población y de fácil ubicación. A su vez, las comisiones parroquiales de Higiene nombrarían una persona con la obligación de establecerse permanentemente en las iglesias junto al médico

24. DMN.

25. LR, 12 de marzo de 1871.

26. Cf. DMN y Diario *La Prensa* (en adelante LP), 24 de febrero y 1 de marzo de 1871.

27. Cf. E. UDAONDO, *Crónica histórica de la Venerable Orden Tercera de San Francisco en la República Argentina*, Buenos Aires, 1920, 105-106.

para tomar los mensajes en su ausencia o indicar el punto donde se encuentra, si por la atención del servicio no se hallara en la parroquia.<sup>28</sup>

Cuando los facultativos se instalaron para atender los llamados de los enfermos en las casa parroquiales, los sacerdotes carecieron del más indispensable descanso.<sup>29</sup>

Junto con todo esto, no puede dejar de mencionarse la disposición de la mayoría de los sacerdotes para visitar los enfermos y consolarlos en su agonía, llevándoles el sacramento de la Unción, y administrándoles la Eucaristía. Esto es mencionado en los diarios de la época con un tono crítico, pero que a la vez demuestra la asistencia sacerdotal a los moribundos.

*“[...] En una época tan aflictiva como la que presenciámos, en la que todos los corazones están sobresaltados, ¿no es un abuso que cometen los señores curas al llevar el sacramento a los enfermos, de ese aparato lúgubre de que se rodean, con las hachas encendidas y los faroles mugrientos, a guisa de procesión, siendo lo que más acongoja el tañido de la repelente campanilla?*

*Anoche ha sido causa de ese fatal instrumento para hacer espíar una pobre enferma, sobrecogida de terror al oír que pasaba el sacramento. El terror que se apoderó de ella le causó una descomposición de tal naturaleza, que no alcanzó a durar diez minutos, y no porque su estado fuese de tanta gravedad.[...]”*<sup>30</sup>

Años después, en uno de los debates de la Convención Constituyente de Buenos Aires, se puso en discusión la cuestión de la separación de la Iglesia y el Estado. En esa oportunidad, un joven parlamentario, Eugenio Cambaceres, pidió que se quitase del código constitucional el artículo que manda a la provincia sostener el culto católico, apostólico, romano. El Dr. Guillermo Rawson, respondió a esta propuesta con una famosa alocución en la que precisamente menciona el accionar sacerdotal durante la epidemia. De alguna manera, elogia lo que los diarios durante la epidemia criticaban.

*“[...] Pero he visto también, señores, en altas horas de la noche, en medio de aquella pavorosa soledad, a un hombre vestido de negro, caminando por aquellas desiertas calles. Era el sacerdote, que iba a llevar la última palabra de consuelo al moribundo. Sesenta y siete sacerdotes cayeron en aquella terrible lucha; y declaro que este es un alto honor para el clero católico de Buenos Aires, y agrego, que es una*

28. Cf. “Doce médicos heroicos, Recuerdos de la epidemia de la fiebre amarilla”, en *Esquíú*, Buenos Aires, mayo de 1971, 576.

29. Cf. L. RUIZ MORENO, *op. cit.*, 283.

30. LR, 25 de marzo de 1871.

*prueba de que no necesita ese culto del apoyo miserable que pensamos darle con el artículo que se propone.”<sup>31</sup>*

Mardoqueo Navarro afirma el 25 de marzo en su diario:

*“Cuanto cristiano muere sin confesión!...Pero así murieron los SS. Padres!”<sup>32</sup>*

Desde dos posturas absolutamente diversas, como las de La República y la de Rawson, queda demostrado que no fue como afirma Navarro. El clero se ocupó de que llegase a todos la administración de los sacramentos; si hubo algunos que no lo recibieron, esto se produjo en los días de Semana Santa por el gran aumento de enfermos, con lo cual los sacerdotes no daban a basto.

También eran los sacerdotes los que debían, por una ordenanza municipal, expedir las licencias para sepulturas, previa presentación de los certificados médicos.<sup>33</sup>

Hacia finales del mes de marzo, cuando la fiebre amarilla comenzaba a atacar con más fuerza, Navarro continuó criticando, igual que otros periódicos, el accionar eclesial:

*“Día 27 de marzo: Conjuros eclesiásticos contra la peste.”<sup>34</sup>*

A la vez, es importante destacar que, así como Navarro denuncia la huida de médicos y jueces hacia la campaña, nada dice de los sacerdotes, por lo cual se puede suponer que la mayoría de ellos, sino todos, permanecían en sus parroquias.<sup>35</sup>

En síntesis, a partir de los documentos escritos y fuentes de esos primeros meses de la epidemia, se puede inferir que la Iglesia actuó en varios frentes: con misas y novenas para rezar contra la peste y el buen tiempo, en la administración de los sacramentos a los enfermos, en donaciones de dinero y en la organización del cuerpo de médicos de la ciudad a partir del decreto del 31 de marzo; todo esto sin mencionar aún el trabajo de las diversas congregaciones en los hospitales y lazaretos y la incansable labor de la Sociedad de Beneficencia y la Sociedad de San Vicente de Paul.

31. A. MARTÍNEZ, *Escritos y discursos del Doctor Guillermo Rawson*, Buenos Aires, 1891, Tomo I, 45.

32. DMN.

33. Cf. L. BARELA y J. VILLAGRÁN PADILLA, *Notas sobre la epidemia de fiebre amarilla*, Buenos Aires, 1980, 154.

34. DMN.

35. Cf. *Ibid.*, 9 de marzo y LR, 10 de marzo de 1871.

### 3.2 *Participación eclesial en la Comisión Popular: Presbíteros José Domingo César y Patricio José Dillon*

*“Día 10 de marzo: La República propone un poder popular y consulta sobre celebrar un meeting. El Senado ni ve ni siente.*

*Día 11: La República pide meeting. La Nación grita Revolución [...]*

*Día 12: Diaristas reúnen el 11 en la redacción de La República y acuerdan el meeting.[...]*

*Día 13: ¡¡GRAN MEETING DEL PUEBLO!! [...]*”<sup>36</sup>

Efectivamente, por iniciativa de la prensa porteña se convocó a un meeting en la Plaza de la Victoria el 13 de marzo de 1871, a fin de crear una Comisión Popular de Salubridad Pública que enfrentara decididamente el flagelo que asolaba Buenos Aires ante la supuesta inoperancia de los organismos oficiales. Se confeccionó una comisión provisoria encabezada por el vicepresidente de la Nación, Adolfo Alsina, e integrada entre otros por José Roque Pérez, Francisco López Torres, Bernardo de Irigoyen, Lucio V. Mansilla, Manuel Argerich, y todos los directores de los diversos periódicos que se editaban en la ciudad.<sup>37</sup>

Expresaban que venían a llenar un vacío en el actuar contra la peste, por lo cual se atribuían una preeminencia. En lugar de trabajar en conjunto con el Consejo de Higiene Pública, las comisiones parroquiales y los organismos de los estados nacional y provincial, la Comisión Popular lo hizo de manera independiente y aislada. Más aún, pretendió que dichos organismos se pusieran a sus órdenes. Todo esto generó muchas dificultades a la hora de trabajar de manera efectiva contra la fiebre amarilla.<sup>38</sup>

Sin embargo, no puede dejar de destacarse la labor que los hombres de esta comisión realizaron en bien de la población de la ciudad de Buenos Aires, ciudad que presentaba un cuadro de desolación; la gente abandonaba la ciudad, sin recursos, en huidas de desesperación efectuadas entre el paso de los carros conduciendo pilas de cadáveres. La Comisión Popular dio ejemplo de coraje, de altruismo, luchando contra un enemigo intangible; el hecho de que un grupo de personas determinadas con una

36. DMN.

37. Cf. J. FARINI, “La Comisión Popular”, en *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1971, vol. 49, 579-580.

38. Cf. M. A. SCENNA, *Cuando murió Buenos Aires, 1871*, Buenos Aires, 1974, 253-256.

buena posición económica no abandonasen la ciudad e hiciesen frente al mal, puso un dique al pánico reinante.<sup>39</sup>

Entre los integrantes de la Comisión se encontraba el canónigo José Domingo César, que representaba al diario católico *Eco del Plata*, que había reemplazado a otro denominado *Intereses Argentinos*. En un organismo formado en su mayoría por jurisconsultos, periodistas y oradores, casi todos ligados a la masonería, aparece la figura de un miembro de la Iglesia que tenía bajo su responsabilidad el único diario católico de la ciudad que a los veinte días dejó de editarse por las dificultades ocasionadas por la epidemia.<sup>40</sup>

Domingo César había nacido en Córdoba en 1836. Inició sus estudios eclesiásticos en el convento de San Francisco. Luego siguió estudiando en el seminario conciliar de Buenos Aires.<sup>41</sup>

En octubre de 1870, conocida la noticia de la muerte de Monseñor Escalada, asumió el cargo de Vicario Capitular Monseñor Federico Aneiros, quien solicitó al Cabildo Eclesiástico un secretario, cargo que recayó en el presbítero César.<sup>42</sup>

Los diarios y la Comisión Popular pedían al gobierno medidas drásticas respecto a los conventillos, centro de la epidemia por las condiciones indignas de vida.

*“Día 2 de abril: La Comisión pide el incendio de los conventillos. 72 muertos en uno. La epidemia desocupa los conventillos, que respeta la autoridad.”*<sup>43</sup>

Los integrantes de la Comisión Popular recorrían las calles y echaban a todos los habitantes de los inmuebles donde aparecía la fiebre amarilla. Especialmente encargados de la misión fueron Juan Carlos Gómez, Manuel Argerich, León Walls y Domingo César. En algunas ocasiones eran acompañados por miembros del Consejo de Higiene y siempre escoltados por personal policial enviado por el comisario mayor Enrique O’Gorman.<sup>44</sup>

39. Cf. A. MEYER ARANA, *op. cit.*, 356-358.

40. En el registro de la hemeroteca de diarios antiguos de la Biblioteca Nacional figura el diario *Eco del Plata*, pero no se lo encuentra en los depósitos.

41. Cf. E. UDAONDO, *Diccionario Biográfico Argentino*, Buenos Aires, 1938, 272 y 273.

42. Cf. C. BRUNO, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, XI, Buenos Aires, 1976, 77.

43. DMN.

44. Cf. M. A. SCENNA, *op. cit.*, 316.

La mayor parte de la población de los conventillos eran inmigrantes italianos, que luego del operativo de la Comisión Popular quedaban literalmente en la calle; se les quemaban sus pertenencias y no se les daba ningún refugio a cambio. Ningún organismo se hacía cargo de las consecuencias derivadas de las medidas de quemar conventillos. Sin embargo, hubo quienes tendieron una mano a las víctimas inocentes. En primer lugar, los sacerdotes, que acogieron a los inmigrantes y les dieron un lugar, aunque temporalmente, en los templos y casas parroquiales.<sup>45</sup> Entre ellos, se destacó el canónigo César, quien pedía a familias cristianas de buen pasar económico que brindaran alojamiento a quienes habían sido echados. Su labor era admirada por todos:

*“El Dr. César, verdadero sacerdote de Cristo, humilde, modesto, con el corazón rebozando caridad; tan pronto se le ve al lado del lecho de un moribundo como en el centro de la Comisión. No recuerdo un solo momento en que haya estado este sacerdote en el descanso; y cómo es que tiene fuerzas para seguir cumpliendo su noble misión.”<sup>46</sup>*

El 28 de marzo la Comisión Popular aumentó el número de integrantes. Se incorporaron Juan y Manuel Argenti, Pascual Barbaty, Guillermo y Pedro Gowland, Ramón Viñas, Fernando Dupont y el sacerdote irlandés Patricio José Dillon, quien había llegado a Buenos Aires, procedente de Irlanda, en 1864.<sup>47</sup>

Dillon colaboró con Domingo César en la asistencia a los enfermos y sus familias, hasta que se contagió de fiebre amarilla a fines de abril.<sup>48</sup> Cuando se recuperó, a principio del mes de mayo, se reincorporó a la Comisión Popular y continuó hasta el final de la epidemia con su tarea asistencial.<sup>49</sup>

### 3.3 *Diversas prácticas religiosas contra la peste: oraciones, novenas y misas*

En los primeros dos meses de la epidemia, la Iglesia desarrolló una gran labor espiritual, incentivando a los creyentes a la oración y a la participación en las novenas y procesiones que se organizaban.

45. Cf. *Ibid.*, 322.

46. LN, 25 de abril de 1871.

47. Cf. S. USSHER, *Los capellanes irlandeses en la colectividad hiberno-argentina durante el siglo XIX. Buenos Aires, 1954*, 115.

48. Cf. LR, 27 de abril de 1871.

49. Cf. LN, 3 de mayo de 1871.

Así, por ejemplo, el capellán de la Iglesia de Santa Lucía conjuntamente con el juez de Paz y varios vecinos de Barracas organizaron una función religiosa para implorar por la finalización de la lluvia y de la peste. El acto se realizó el domingo 12 de febrero; a las 9 se ofició una misa cantada en el templo y a las 18 se llevó la imagen de la santa en solemne procesión por la calle Larga, hoy Montes de Oca.<sup>50</sup>

*“La novena a la preciosísima Sangre del Salvador, hecha en la Iglesia de San Ignacio por la desaparición de la peste que nos aflige, terminará mañana con una misa solemne, que se celebrará a las diez del día por los mismos fines. Se invita pues, a todo el pueblo, y especialmente a nuestros parroquianos a unir sus ruegos y a ofrecer con nosotros el Santo Sacrificio por tan nobles y piadosos fines.”*<sup>51</sup>

En este texto se reflejan algunas de las prácticas que la Iglesia proponía a los fieles: por un lado el rezo de una novena, que comúnmente se hacía a la Sangre de Cristo o a San Roque, patrono contra las epidemias, y por otro la celebración de la Eucaristía mientras las autoridades y el Obispo Aneiros lo permitieron, dado que a fines de marzo se prohibieron reuniones públicas en lugares cerrados por miedo a la propagación de la fiebre, inclusive en los templos.

*“Día 31 de marzo: Prohíbense funciones de Iglesia [...]”*<sup>52</sup>

*“Los golpes que se reciben no dejan tiempo a nadie para pensar en ceremonias; apenas es bastante para dedicarlo a recitar preces por el descanso de los numerosos amigos y deudos que nos abandonan.”*<sup>53</sup>

Se hicieron muy comunes las oraciones escritas que se repartían a la salida de los templos donde se invitaba a todos a rezarlas diariamente. Eran oraciones dirigidas a la Inmaculada Virgen María, para que interceda ante Jesucristo para que detenga al ángel que diseminó la peste en la ciudad...

*“Virgen inmaculada, Refugio de los pecadores, Consuelos de los afligidos, Esperanza de los atribulados, os suplicamos con todo el afecto de nuestro corazón contrito y humillado, interpongáis vuestra intercesión para con el Dios de las misericordias, que no desea la muerte, sino la conversión de nosotros miserables pecadores, para que se digne mirar con ojos de compasión y de clemencia la aflicción de*

50. Cf. R. BERRUTI, *op. cit.*, 559.

51. Diario *El Nacional*, en adelante EN, 23 de marzo de 1871.

52. DMN.

53. Diario *Boletín de la epidemia*, 10 de abril de 1871.

*su pueblo. Haced, os pedimos, que ordene al Ángel ministro de su justa indignación, que hemos nosotros provocado con nuestras muchas culpas, que vuelva a la vaina la espada fulminante que tiene desenvainada para nuestro exterminio, y que se aleje de ESTA CIUDAD, devota vuestra, el azote terrible de la pestilencia, que tan de cerca le está amenazando [...]*<sup>54</sup>

#### 4. Protagonismo de la Iglesia contra la fiebre amarilla: abril- mayo de 1871

##### 4.1 *Semana Santa de 1871*

Fueron los días más terribles para los habitantes de la ciudad de Buenos Aires. El número de muertos llegó a superar los 500 por día. El Domingo de Ramos fue el 2 de abril; el Viernes Santo, el 7 de abril, y el Domingo de Pascua, el 9 de ese mes.

*“Día 2: La comisión pide el incendio de los conventillos. 72 muertos en uno. [...]”*

*“Día 7: El cementerio del Sud reboza. Entierros por abreviatura. [...] Todos amarillos: de fiebre los muertos, de miedo los vivos.”*

*“Día 9: Negocios cerrados. Calles desiertas. Faltan médicos. Muertos sin asistencia. Huye el que puede. Heroísmo de la Comisión Popular.”<sup>55</sup>*

A fines de marzo, la Comisión Popular solicitó al obispo Aneiros la suspensión de las celebraciones propias de la Semana Santa argumentando que era un gran riesgo que la gente se reúna en los templos, dado que podían transformarse en peligrosos focos de contagio.

*“[...] El mismo Señor Obispo, comprendiéndolo así, y a instancias de la Comisión Popular de Salubridad, ha ordenado la suspensión de todas esas fiestas. No importa. Haremos un templo en nuestros pechos y dentro de él elevaremos nuestras preces fervientes.*

*Así, veneraremos al Mártir de los mártires, reforzaremos nuestro ánimo, tan necesario para continuar la tarea, y alcanzaremos la salvación de un pueblo sumido hoy en el dolor y el desconsuelo.”<sup>56</sup>*

54. AGN, Archivo y colección de Andrés Lamas, legajo 2672, Buenos Aires, 1997, *Oraciones para pedir a Dios nos preserve de la peste de 1871*.

55. DMN.

56. Diario *La Tribuna* (en adelante LT) 2 de abril de 1871.

Precisamente, el 31 de marzo Monseñor Aneiros respondió a la solicitud de la Comisión Popular y redactó dos decretos dirigidos a los sacerdotes de las Iglesias de la ciudad de Buenos Aires y de la campaña respectivamente. Todas estas disposiciones fueron publicadas en los diarios más importantes para que se dieran a conocer enseguida, teniendo en cuenta que fueron redactadas el último día de marzo, y la Semana Santa comenzaba el 2 de abril.<sup>57</sup>

*“El Vicario Capitular,*

*Buenos Aires, Marzo 31 de 1871*

*A los señores Párrocos, Prelados Regulares y Capellanes de las Iglesias.*

*Doloroso es al infrascrito tener que prohibir en la Semana Mayor, la solemnidad del culto, sus funciones de concurso, maitines cantados, estaciones de concurso y sermones, pudiendo hacerse todo el oficio demás rezado y cantado.*

*Prohibimos la aglomeración y en las Iglesias pequeñas, reuniones de más de veinte personas. Encargando la ejecución a los señores curas, les recomendamos exhorten al pueblo que santifiquen estos días con doble empeño, aunque sea privadamente con la oración, con los sacramentos, lectura de la Pasión de Nuestro Señor y otras análogas y con obras de caridad cuando pudiesen. Aunque se tenga en veneración y depósito la Sagrada Hostia el jueves santo, será con sujeción a estas disposiciones, sin mayor adorno, y cerrándose la Iglesia a la noche. Nuevamente se recomienda el aseo y la ventilación. F. Aneiros.*

Aneiros también se dirigió a los sacerdotes de la campaña:

*“El Vicario Capitular,*

*Buenos Aires, 31 de marzo de 1871.*

*Sin embargo de que felizmente se hallan los pueblos libres de la epidemia, que aflige a esta capital, por lo que deben hacerse con mayor interés y reverencia los divinos oficios dando gracias al cielo y pidiendo la preservación para todos, el infrascrito recomienda a los señores curas, que procedan con prudencia en las funciones, no prolongándolas, haciendo intermedios consecuentes, siendo cortas las lecturas, breves los sermones y cantos, no teniendo procesiones de noche. Nuevamente se les recomienda el aseo y la ventilación. F. Aneiros.<sup>58</sup>*

En esos días, más precisamente el 6 de abril, se produjo el desembarco en el puerto de los restos de Monseñor Mariano José Escalada, primer

57. Cf. EN, 1 de abril de 1871; LN, 2 de abril de 1871; LR, 2 de abril de 1871; LT, 2 de abril de 1871.

58. LT, 2 de abril de 1871.

arzobispo de Buenos Aires, fallecido en Roma, durante las sesiones del Concilio Vaticano I, en julio de 1870. El féretro era acompañado desde Europa por los hermanos del Obispo, y algunos sacerdotes y funcionarios. Dada la terrible situación que vivía la ciudad de Buenos Aires en esos días, el cortejo fúnebre fue muy reducido. La comitiva que recibió los restos fue encabezada por el ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, doctor Nicolás Avellaneda. El funeral estuvo a cargo de Monseñor Aneiros.<sup>59</sup>

#### 4.2 *Acción del clero durante la fiebre amarilla*

“Día 27 de abril: Sacerdotes: 49 muertos hasta la fecha (...)”<sup>60</sup>

Mardoqueo Navarro afirma que hasta el 27 de abril fallecieron como consecuencia de la fiebre amarilla cuarenta y nueve sacerdotes; seguramente sumó los diocesanos y los religiosos. Sin lugar a dudas, Navarro tomó como fuente para su afirmación la noticia del diario *La República* de ese mismo día que decía:

*“El clero: Durante la época de la epidemia han pagado su tributo a ella 49 sacerdotes del clero de Buenos Aires; todos han caído en el puesto de su deber.”*<sup>61</sup>

El primer en reconocer el cumplimiento del deber del clero durante la epidemia fue Guillermo Rawson, quien en una sesión del Congreso afirmó que los sacerdotes muertos fueron en total sesenta y siete.<sup>62</sup> Carlos Guido y Spano, testigo de la epidemia, sostiene que fueron sesenta.<sup>63</sup>

Sobre doscientos noventa y dos sacerdotes aproximadamente, que actuaban entonces en Buenos Aires, habría fallecido el veintidós por ciento del total.<sup>64</sup>

Miguel Ángel Scenna dice que puede considerarse en no menos de medio centenar la cifra de sacerdotes muertos.<sup>65</sup>

59. Cf. M. A. SCENNA, *op. cit.*, 334 y L. RRENO, *op. cit.*, 302 y 303.

60. DMN.

61. LR, 27 de abril de 1871.

62. Cf. A. MARTÍNEZ, *op. cit.*, 45.

63. Cf. C. GUIDO Y SPANO, *Autobiografía*, Buenos Aires, 1954, 73.

64. Cf. J. M. RAMALLO, “La acción de la Iglesia y la masonería durante la epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires”, en *Nuestra Historia*, 18, Buenos Aires, 371.

65. Cf. M. A. SCENNA, *op. cit.*, 377.

Otros autores afirman que el número asciende tan sólo a treinta y dos.<sup>66</sup> Esto se debe a que toman como base de estudio la lista de sacerdotes y religiosos que se encuentran en el monumento erigido por la municipalidad de Buenos Aires en memoria de los caídos en la peste de 1871, obra del escultor Juan Ferrari y erigido en el centro del Parque Ameghino de esta ciudad en 1889. En la lista del monumento figura un primer elenco de veintiún nombres encabezados por el título “sacerdotes y religiosos”; una segunda enumeración bajo el título “clero regular” de nueve miembros; y el nombre de dos Hermanas de Caridad. Si a estas listas se le agregan los nombres del presbítero Nicolás Migilio y del seminarista de la Compañía de Jesús, Gregorio Biosca, se llega al número de treinta y dos sacerdotes y religiosos fallecidos durante la epidemia.<sup>67</sup>

Lo que es indudable es que la proporción de sacerdotes fallecidos durante el ataque del flagelo demuestra, sean treinta y dos, o el doble como afirma Rawson (cifra por la cual nos inclinamos a partir del acceso a las fuentes y testimonios de la época), que el clero de Buenos Aires, en su mayor parte, dio cumplimiento a su deber evangélico de asistencia a los enfermos y moribundos. Se puede comparar este número con los doce médicos, los dos practicantes, los cuatro miembros de la Comisión Popular, o incluso los veintidós integrantes del Consejo de Higiene Pública que sucumbieron en la epidemia; categóricamente, el clero fue el grupo social que más víctimas tuvo en esos aciagos días de 1871.

*“Vamos a dedicar hoy dos líneas en elojio de los sacerdotes que con heroísmo evangélico ejercen en estos momentos las funciones de su ministerio.*

*El sacerdote entra hoy al lado del enfermo, cuando ya la mano del médico le abandona, por no poderle salvar, dejándolo en ese momento entregado a la misericordia del Creador.*

*Es ese el momento en que el enfermo ofrece mayor peligro de contagiar el horrible mal que le lleva al sepulcro, y ese en el que le toma el médico del alma para ponerle bien con Dios.*

*Nosotros hemos admirado varios sacerdotes, llevando esa noble misión, con entereza, sin ostentación y con interés.”*<sup>68</sup>

66. Cf. J. C. ZURETTI, *Nueva Historia Eclesiástica Argentina*, Buenos Aires, 1972, 316, y G. FURLONG, “El catolicismo argentino entre 1860 y 1930”, en ANH, *Historia de la Nación Argentina*, Vol. II, Buenos Aires, 1964, 261.

67. Cf. J. M. RAMALLO, *op. cit.*, 370-371.

68. Diario *Boletín de la epidemia*, 10 de abril de 1871.

### 4.3 *Nómina de sacerdotes fallecidos del clero diocesano*

*“Cuando los templos toquen sus campanas y doblen por los que han caído para ir a ellos a rogar a Dios, por aquellos nos acordaremos mejor que hoy que esos redobles son: por más de 60 sacerdotes que murieron en su tarea de reconciliar los hombres con su Dios.”<sup>69</sup>*

Los sacerdotes diocesanos fallecidos durante la epidemia de los que se tiene información son: los presbíteros Esteban Aguirre o Aguerre, capellán del coro de la Catedral Metropolitana; Juan Rossi, auxiliar de la parroquia de San Telmo; Francisco Romero, cura rector de la parroquia de Monserrat; Francisco Villar, fiscal eclesiástico del Arzobispado de Buenos Aires; José María Velazco, tesorero del Arzobispado; Celestino Alava y Santiago Osses, curas auxiliares de la parroquia de Monserrat; Pedro Fernández y Julián Benito, auxiliares de la parroquia Nuestra Señora del Pilar, en la Recoleta; Luciano Torrez o Latorre, auxiliar de la Catedral; Francisco Treza y José Melle, sacerdotes auxiliares de la parroquia de la Merced; Juan Antonio Garciarena, capellán del arzobispo Federico Aneiros; Felipe Giaconangelo y Juan Padula, auxiliares de la parroquia de la Concepción; Godofredo Pardini, auxiliar de la parroquia de la Merced; Miguel Bidaurrazaga, teniente cura de la parroquia Santa Lucía en Barracas; Pedro Benigno Machado, sacerdote de la parroquia San Nicolás de Bari; Tomás Delfino, auxiliar de la misma parroquia; Vicente Márquez, auxiliar de la parroquia de San Telmo; Domingo Ereño, sacerdote con una intensa labor en Uruguay y Entre Ríos, hasta que se radicó en Buenos Aires, donde murió.<sup>70</sup>

Otros sacerdotes que tuvieron una actuación muy destacada durante la epidemia, pero que no murieron víctimas del mal, fueron: el presbítero Arellano, del que no se conoce su nombre, párroco de la parroquia de San Cristóbal; Antonio Espinoza, sacerdote de la parroquia Santa Lucía de Barracas, y futuro arzobispo de Buenos Aires; José Gabriel García Zúñiga, sacerdote de la parroquia de la Concepción; Cornelio Santillán o Santillás, sacerdote tucumano sin parroquia asignada; Eduardo O’Gorman, párroco de San Nicolás de Bari, hermano del jefe de policía durante la epi-

69. EN, 9 de mayo de 1871.

70. Cf. L. RUIZ MORENO, *op. cit.*, 277-283 (Toda esta información le fue suministrada al autor, según él afirma en su obra, por el Director General del Archivo del Arzobispado de Buenos Aires en 1948.)

demia, Enrique O’Gorman, y de Camila, la joven ejecutada junto al sacerdote Ladislao Gutiérrez durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas; Pedro Castro Rodríguez, sacerdote en Barracas; Manuel Velarde y Alejo P. Nevares de la parroquia San Miguel; Domingo Scabini, en el pueblo de San Vicente; Luis de San Juan, (se ignora en qué parroquia desarrollaba su ministerio); y un tal Lozano, del que ni siquiera se conoce el nombre.<sup>71</sup>

Otro sacerdote de importancia durante la epidemia fue el párroco de la iglesia de San Isidro, el padre Diego Palma, quien trabajó de manera articulada con el Juez de Paz de San Isidro, Antonio Pillado, con el Presidente de la Comisión de Higiene Pública local, Felipe Otárola, y con el administrador del lazareto, Ignacio Vázquez. Este trabajo en conjunto permitió una mejor y eficaz atención de la comunidad de San Isidro, que como consecuencia del abandono de la capital, aumentaba diariamente el número de pobladores.<sup>72</sup>

Debe destacarse también la tarea del obispo, Federico Aneiros, que tomó medidas acordes a las circunstancias, suspendiendo las celebraciones de Semana Santa y estando cerca de sus sacerdotes y su grey, en los meses más difíciles de la epidemia, incluso sufriendo él mismo la enfermedad.<sup>73</sup> Su madre, Antonia Salas de Aneiros, su hermana, María Aneiros, y su tío, Vicente Salar, fallecieron víctimas del flagelo.<sup>74</sup>

#### 4.4 *Las congregaciones religiosas durante la epidemia*

*“Día 3 de abril: [...] Surge la idea de desocupar la ciudad. Hermanas de la Caridad, Santas Mujeres!”<sup>75</sup>*

Mardoqueo Navarro resalta la labor de una de las congregaciones religiosas que estuvieron junto a los infectados por la fiebre; incluso lo hace utilizando el recurso de poner en negrita el elogio que les hace.<sup>76</sup>

71. Toda esta información se encuentra en artículos de los diarios EN, LN, LP y LR de abril y mayo de 1871.

72. Cf. Archivo municipal de San Isidro, carpeta 44, 7359, *Fiebre amarilla de 1871*; y A. BECAR VARELA, *San Isidro. Reseña Histórica*, 1906, 127 y ss.

73. Cf. C. BRUNO, *Historia de la Iglesia en Argentina*, Buenos Aires, 1976, XI, 77.

74. Cf. EN, 16 de junio de 1871.

75. DMN.

76. Es importante tener en cuenta que en esa época se llamaba indistintamente Hermanas de Caridad o de la Caridad a todas las congregaciones religiosas femeninas, con lo cual en ocasiones resulta difícil distinguir concretamente a cuál se refieren los documentos o testimonios contemporáneos a la epidemia.

Cuando la peste arreció, las Hermanas o Hijas de la Caridad cerraron sus colegios y se volcaron a trabajar en los hospitales, especialmente en el Hospital General de Hombres y en el Hospital Francés. El contacto continuo con los enfermos, que en su mayoría morían por no haber un tratamiento certero contra la fiebre, exigía una gran entrega por parte de las Hermanas, que también corrían el riesgo de contagiarse, a tal punto que alrededor de cuarenta experimentaron los ataques, aunque benignos, de la enfermedad; a esto se debió el arribo de algunas hermanas más a Buenos Aires en abril de 1871, provenientes de Francia:

*“Día 17 de abril: [...] Llegan 4 hermanas de la caridad.[...]”<sup>77</sup>*

Siete de ellas fallecieron víctimas de la fiebre amarilla; ellas son: Sor María Josefina Goulart; Sor Ana Dufour; Sor Baptistina Pelloux; Sor María Thiriet; Sor Hermance Delatre; Sor María Pajot y Sor María Doolin.

Entre los sacerdotes de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paul o Padres Lazaristas hubo dos víctimas de la fiebre amarilla, los padres Santiago Luis de La Vaissière y Ladislao Patoux. Al declararse la epidemia, el plantel de misioneros lazaristas en Buenos Aires estaba conformado por siete sacerdotes. El padre de La Vaissière falleció el 2 de abril de 1871, cuando era director general del Colegio San Luis. El padre Patoux, designado para sucederlo al frente del Colegio, murió el 25 de abril.<sup>78</sup>

A consecuencia de la mortandad del clero secular, a finales de 1871 el Arzobispo Aneiros ofreció a los lazaristas la atención del santuario Nuestra Señora de Luján, misión que aceptaron, luego de la respuesta negativa que dieron los bayoneses por carecer de personal por los muertos de esta congregación durante la fiebre amarilla.<sup>79</sup>

Precisamente, entre los sacerdotes y religiosos muertos víctimas de la epidemia se cuentan también los padres bayoneses o del Sagrado Corazón de Jesús, Luis Larrouy y Domingom Irigaray, capellanes del monasterio de San Juan, y el Hermano Fabián Lhopital.<sup>80</sup> La epidemia sorprendió a los bayoneses en plena construcción de las ampliaciones del Colegio San José. Dada la situación general, las obras quedaron paraliza-

77. DMN y LR, 18 de abril de 1871.

78. Cf. H. PALACIOS, *La Congregación de la Misión de San Vicente de Paul, 1859-1880, y primeros años de las Hijas de la Caridad en el Plata, 1859-1870*, Buenos Aires, 1983, 152.

79. Cf. B. SARTHOU, *Historia centenaria del Colegio San José*, Buenos Aires, 1960, 65.

80. *Ibid.*

das y el dinero recaudado se destinó responsablemente a la atención de los enfermos.<sup>81</sup>

Los Padres jesuitas habían fundado el Colegio del Salvador en 1868. En 1871, a consecuencia de la epidemia, debieron suspender las clases; los alumnos regresaron a sus casas o a las de sus tutores. Todos los jesuitas se consagraron a socorrer a las víctimas del flagelo. El padre José Sató se encargó de acompañar y asistir a la colectividad inglesa e irlandesa, ya que con la desaparición del padre Fahy, víctima él mismo de la fiebre amarilla, fue Sató el capellán de los británicos hasta su muerte.

Los Padres Jordán, Del Val, Saderra, Sanfuentes, Ramón Riera, Zeitlmayer y otros sacerdotes y hermanos jesuitas desafiaron los peligros del contagio llevando el sacramento eucarístico y los demás auxilios sacramentales a los moribundos.

*"[...] Grande por consiguiente hubo de ser el heroísmo que desplegaron los Padres en todo el tiempo que la ciudad se vio maltratada por tan tremendo azote y grande el desinterés y actividad con que acudían a donde eran llamados hasta el punto de entregar a alguno su propia vida atacado de tan devastadora enfermedad."*<sup>82</sup>

El 12 de abril de 1871 murió de fiebre amarilla el Padre Ramón Riera; el 19 del mismo mes falleció el Hermano escolar Gregorio Biosca.<sup>83</sup>

Las Hermanas de la Misericordia Irlandesas sufrieron en los primeros días de la epidemia un muy duro golpe: la muerte de su capellán, el padre Antonio Domingo Fahy, quien contagiado de la fiebre amarilla falleció el 21 de febrero de 1871.<sup>84</sup>

Durante la epidemia las Hermanas atendieron el Hospital Irlandés. Entre las religiosas fallecidas víctimas de la peste se registra una de la congregación de las Irlandesas, la hermana María Inés Murray, quien había profesado el 9 de junio de 1870. Murió el 22 de mayo de 1871.<sup>85</sup>

Los franciscanos también atendieron incansablemente a los infectados de fiebre amarilla sin miedo al contagio. Es por ello que fallecieron

81. Archivo Provincial de los Padres Bayoneses, *Mensuales 1858-1875, Cabrier de Comptes mensuales*.

82. Archivo de la Provincia Jesuítica de Argentina, en adelante A.P.J.A., *Historia del Colegio del Salvador desde 1864 a 1910*, 20.

83. Cf. A.P.J.A., J. ZEITLMAYER, *Historia Collegii Salvatoris S.I in urbe Bonaërensi, 1864-1872*.

84. Cf. S. USSHER, *Padre Fahy, (1805-1871)*, Buenos Aires, 1952, 162.

85. Cf. S. USSHER, *Las Hermanas de la Misericordia*, Buenos Aires, 1955, 108.

varios frailes: el 16 de abril, Fray Severino Isasmendi, guardián del convento de San Francisco. El 29 de abril falleció Fray Lorenzo Sista, hermano no clérigo. El 5 de mayo, Fray Antonio Cianzzis, sacerdote, maestro de novicios; y unos días después, el misionero Fray Félix Heredia.<sup>86</sup>

Un franciscano que trabajó incansablemente atendiendo enfermos fue el Padre Fortunato Marchi o Marqui, párroco de la Iglesia de la Boca, San Juan Evangelista.

*“Pocos sacerdotes más dignos de elogio tenemos a nuestra vista como el sr. Fortunato Marqui, cura de la Boca, atendiendo al digno proceder que observa en el cumplimiento de su sagrado ministerio en el medio de los estragos que ocasiona el flagelo en ese punto, sin esquivar por esto un solo instante sus auxilios a los que están en momentos de muerte.*

*El cura Marqui, es uno de los pocos sacerdotes que su abnegación lo lleva hasta el sacrificio, permaneciendo en la brecha del peligro y prestando con amable solicitud los auxilios divinos a todos aquellos feligreses que golpean su puerta sea cual fuere, la hora en que se apele a él [...]”<sup>87</sup>*

Otra congregación de destacada actuación durante la epidemia fue la de las Hijas de María del Huerto o Hermanas de Caridad. La Sociedad de Beneficencia aprobó una moción de la señora Luisa Muñoz de Cantilo, por la que se ordenaba la instalación de un lazareto para mujeres atacadas por la fiebre. El 20 de marzo de 1871 se estableció dicho lazareto en la quinta del doctor Leslie, bajo la dirección técnica del doctor Adolfo Señorans y del practicante Pedro Roberts. La administración interna fue confiada a las Hermanas de Caridad, que por entonces atendían el hospital de Mujeres de Buenos Aires.<sup>88</sup>

El 28 de marzo el lazareto ya tenía veinticinco camas y diecisiete enfermeras. Hasta el 7 de julio, día en que fue clausurado, se asistieron allí trescientas treinta y ocho enfermas, de las que se sanaron ciento setenta y una.<sup>89</sup> Carlos Guido Spano escribió sobre el trabajo heroico de estas religiosas durante la epidemia, contraponiéndolo a las conductas mezquinas de otros ciudadanos.<sup>90</sup>

86. Cf. E. URENDA, *Libro de Necrología de la Provincia de la Asunción de la Sma. Virgen María de Río de la Plata*, Buenos Aires, 1987.

87. LN, 4 de abril de 1871.

88. Cf. E. MARTYNYUK, *Floreció en la Argentina*, Buenos Aires, 2001, 53-54.

89. Cf. *Origen y desenvolvimiento de la Sociedad de Beneficencia de la Capital, 1823-1912*, Buenos Aires, 1913, 108.

90. Cf. C. GUIDO SPANO, Carlos, *Autobiografía y selección de poesías*, Buenos Aires, 1954, 73-74.

Entre las congregaciones religiosas de clausura, sólo las monjas Catalinas registran algunos datos referidos a la epidemia de fiebre amarilla. En 1869, en el capítulo prioral se eligió por segunda vez para regir los destinos del monasterio de Santa Catalina a la Madre Sor Celestina de las Mercedes Cevallos y Castrelo, quien en marzo de 1871 fue atacada por la peste y su muerte era segura. Ante este peligro, una de las torneras, Sor Mercedes del Corazón Salas, pidió a Dios aceptara su vida en lugar de la de la prelada que era más necesaria que la suya. Así fue como esta hermana enfermó de fiebre amarilla y falleció el 19 de abril de 1871, mientras que la superiora recobró la salud. Una pequeña lápida colocada el 7 de junio de 1944 en la celda en que falleció Sor Mercedes, recuerda este acto heroico.<sup>91</sup>

Es importante también destacar la figura de la Madre Camila Rolón, fundadora de las Hermanas Pobres Bonaerenses de San José, quien descubrió su vocación religiosa durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871 mientras atendía abnegadamente a los contagiados.<sup>92</sup>

#### 4.5 *Labor de asociaciones laicales contra la fiebre amarilla*

*"[...] el movimiento convulsivo de un gran pueblo, agitándose en las angustias de la muerte, entre las garras de una calamidad voraz, contra la cual lidiaba, de la cual se salvaba o por la acción combinada de la caridad heroica y de la ciencia o por la fuga despavorida en alas del vapor; [...]"*<sup>93</sup>

Así como muchos optaron por huir por miedo al contagio, otros permanecieron en la ciudad enfrentando la epidemia e intentando hacer algo por los enfermos. A pesar de tener distintos objetivos y espíritus de trabajo, la Sociedad de Beneficencia, las Conferencias Vicentinas y la Tercera Orden Franciscana, se destacaron activamente en su labor caritativa, incluso poniendo en riesgo sus propias vidas.

Durante la peste de fiebre amarilla de 1871, la Sociedad de Beneficencia era presidida por mujeres que se caracterizaron por un fuerte compromiso con los desposeídos desde sus ideales cristianos. Luisa M. De Cantilo, María de las Carreras, Jacinta Castro, encabezadas por su presi-

91. Cf. E. UDAONDO, *Reseña histórica del Monasterio de Santa Catalina de Sena de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1945, 87.

92. Cf. S. LORIT, *Camilla Rolón, l' Argentina approda a Roma*, 1964, 32-34.

93. DMN.

denta, doña María Antonia Beláustegui de Cazón, ofrecieron su cooperación formal al Gobierno Provincial para colaborar al socorro de las víctimas.<sup>94</sup> En los primeros días de marzo fundaron un lazareto para mujeres en la quinta del doctor Leslie.<sup>95</sup>

También fue la Sociedad de Beneficencia la que fundó un Asilo de Huérfanas a consecuencia de la epidemia el 10 de abril de 1871, y encomendaron a una comisión presidida por el sacerdote Eduardo O'Gorman, la creación de un asilo para niños varones huérfanos.<sup>96</sup>

La Sociedad de San Vicente de Paul trabajó durante la epidemia organizada por parroquias, atendiendo las necesidades concretas de las familias atacadas por la peste, tal cual se narra en los libros de Actas de las distintas Conferencias.<sup>97</sup>

Entre los miembros de las Conferencias hubo dos médicos eminentes que actuaron denodadamente contra la epidemia: los doctores Pedro Rojas y Teodoro Álvarez,<sup>98</sup> y el presidente de la Conferencia de Monserrat, Alejo de Nevares Trespalacios, quien, a pesar de que esta Conferencia fue disuelta por la muerte de fiebre amarilla de casi todos sus miembros, siguió cumpliendo con su deber en la ayuda a las víctimas de la epidemia.<sup>99</sup>

La Tercera Orden de San Francisco también se comprometió con la difícil situación que vivía Buenos Aires en los primeros meses de 1871; el 16 de marzo Germán Robles, su presidente, donó parte del dinero de la orden y el dinero de la alcancía de la imagen de San Roque, a la Comisión Popular en la persona del doctor Roque Pérez.<sup>100</sup>

Varios miembros de la Tercera Orden tuvieron destacada actuación durante la epidemia de fiebre amarilla, entre ellos el canónigo Antonio Domingo Fahy, doña María Antonia Beláustegui de Cazón, presidenta

94. Cf. *Carta de ofrecimiento de la Sociedad de Beneficencia al gobernador Emilio Castro*, en *Origen y desenvolvimiento de la Sociedad de Beneficencia de la Capital, 1823-1912*, Buenos Aires, 1913, 108.

95. Cf. AGN, *Libro de Actas de la Sociedad de Beneficencia 7*, 67-74, 1871.

96. Cf. *Huérfanos de la epidemia que el Gobierno toma bajo su protección*, en *Leyes y decretos promulgados en la Provincia de Buenos Aires desde 1810 a 1876*, Tomo VIII, Buenos Aires, 1878, 23-24.

97. Cf. Archivo de las Conferencias Vicentinas, en adelante A.C.V., *Libros de Actas*, 1868-1871.

98. Cf. C. M. GELLY Y OBES, *Los orígenes de la Sociedad de San Vicente de Paul en el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1951, 57 y ss.

99. Cf. A.C.V, *Libro de Actas Conferencia de Monserrat*, 1868-1871, 241

100. Cf. E. UDAONDO, *Crónica histórica de la Venerable Orden Tercera de San Francisco en la República Argentina*, Buenos Aires, 1920, 103-104.

de la Sociedad de Beneficencia, y fray Severino Isasmendi, guardián del convento de San Francisco y fallecido víctima de la peste el 16 de abril.<sup>101</sup>

## 5. La Iglesia después de la epidemia: junio-julio de 1871

Cuando comenzó el mes de junio el número de muertos por fiebre amarilla había descendido enormemente. El día 2 se registró una sola víctima, y durante todo el mes no se superaron las cuatro víctimas diarias.<sup>102</sup>

A partir de estos datos puede comprenderse que la población comenzó a experimentar que la epidemia había concluido. La Iglesia no estuvo ajena a este sentimiento y apoyó todas las medidas tendientes a la normalización de la vida cotidiana de la población porteña.

Los sacerdotes volvieron a tener un ritmo de vida más normal, ya que no debieron asistir enfermos en todo momento; las casas parroquiales ya no estuvieron ocupadas por médicos según lo establecía el decreto de urgencia del 31 de marzo; se volvieron a autorizar las celebraciones públicas ya que no había riesgo de contagio, etc.

### 5.1 *El Te Deum y el funeral municipal*

Lo que caracterizó este mes de junio y los siguientes hasta fines de 1871 y primeros meses de 1872 fueron la cantidad de misas y funerales que se rezaron por las víctimas de la peste.<sup>103</sup> Algunas de ellas tuvieron especial trascendencia porque fueron celebraciones públicas y masivas.

Una de estas celebraciones masivas fue el Tedeum celebrado el 11 de junio de 1871, en la plaza de la Victoria bajo el arco de la Vieja Recova; Maradoqueo Navarro destacó este acontecimiento en su Diario de la epidemia:

*“Día 11 de junio: Enfermos 25, casos nuevos 2. Te Deum cantado por el obispo [...]”*<sup>104</sup>

101. Cf. *Ibid*, 105.

102. Cf. DMN, pirámide de estadísticas.

103. Sorprende observar la cantidad de avisos fúnebres invitando a misas y funerales que pueden encontrarse desde junio de 1871 en adelante en distintos periódicos, debiendo en algunos casos, agregar páginas al diario para tener espacio de publicación. Cf. LR, LN, LP, EN, LT, junio en adelante de 1871.

104. DMN.

Mientras tanto, eran muchas las familias que pedían misas en sufragio de los difuntos. Esto preocupó a la Municipalidad que todavía quería evitar las aglomeraciones por miedo al rebrote de la epidemia. Entonces convocó a un funeral colectivo por las almas de todos los caídos víctimas de la fiebre amarilla.

*“Municipalidad de la Ciudad. El martes 18 del corriente a las diez y media de la mañana tendrá lugar en la Santa Iglesia Metropolitana solemnes exequias por el descanso eterno de los vecinos del Municipio que sucumbieron víctimas de la epidemia.*

*La Municipalidad invita por medio de la presente a sus deudos y al pueblo a concurrir a este acto piadoso.*

*Buenos Aires, junio 10 de 1871. Benjamín Llorente, secretario.”*<sup>105</sup>

## 5.2 Una controversia religiosa

*“Habiendo la autoridad eclesiástica mandado suspender los funerales anunciados para mis finados esposo e hijos, me hallo en la necesidad de avisar que no podrán tener lugar el día de hoy.*

*La causa de esta suspensión es la de haber encontrado inconvenientes el fiscal eclesiástico a que se celebren exequias fúnebres por mi hijo Francisco López Torres. Simeona Torres de López.”*<sup>106</sup>

Junto con la convocaoria de la Municipalidad para el funeral por las víctimas de la epidemia, doña Simeona Torres de López hizo publicar en los diarios la invitación a los funerales que se rezarían por el eterno descanso de sus familiares muertos de fiebre amarilla.<sup>107</sup>

Precisamente fue la suya una de las familias más afectadas por la peste; en pocos días habían fallecido su esposo, Francisco López Rubio, y sus tres hijos, Francisco, Zelmira y Máximo López Torres.

Francisco había sido legislador porteño, soldado en la guerra del Paraguay, director del diario La Discusión y miembro de la Comisión Popular. Es decir, era un genuino representante de la clase dirigente de la época, un joven liberal y masón entusiasta y apasionado.<sup>108</sup> Lo sorprendió la muerte a los 32 años, y como en otros casos, su deceso fue un duro golpe para los porteños, por lo cual muchos estaban dispuestos a participar de sus funerales para rendirle homenaje.

105. LP, 12 de junio de 1871.

106. LT, 14 de julio de 1871.

107. Cf. EN, 10 al 13 de julio de 1871.

108. Cf. L. RUIZ MORENO, *op. cit.*, 197.

Sin embargo, cuando la señora de López fue a retirar, como se acostumbraba en la época, las licencias para los oficios religiosos, éstas le fueron negadas por el fiscal eclesiástico. El argumento esgrimido era que Francisco había sido un activo masón y un adversario implacable de la Iglesia. Esto provocó profunda indignación en la población y en los diarios que aprovecharon el caso para criticar fuertemente al clero afirmando que se había vuelto a los tiempos del oscurantismo.<sup>109</sup>

La situación se complicó aún más cuando el diario *La Prensa* denunció una negociación del arzobispado según la cual estaría dispuesto a celebrar el discutido funeral si la señora de López declaraba que su hijo había muerto en estado de demencia.<sup>110</sup> Finalmente decidió retirar el pedido de funerales para su esposo y sus tres hijos y participó de otro funeral colectivo celebrado a pedido de la Municipalidad el 18 de julio.<sup>111</sup>

Este episodio recrudeció el enfrentamiento entre la masonería y la Iglesia, dado que todos los medios periodísticos lo aprovecharon para criticar a la jerarquía eclesiástica y empañar la noble labor del clero durante los meses terribles de la fiebre amarilla. El sacerdocio, que fue el grupo social más castigado por la epidemia, quedó en una posición despreciada, hábilmente explotada por sus adversarios.<sup>112</sup>

### 5.3 Reconocimientos oficiales

El 24 de junio de 1871 se estableció una Junta para la Cruz de Hierro a la Comisión Popular, que resolvió entregar una cruz, un diploma y el título de caballero a quienes habían integrado dicha comisión. Así se conformó la única orden de caballería de la historia argentina, compuesta por 48 miembros y limitada definitivamente a ellos. Los sacerdotes José Domingo César y Patricio José Dillon, que habían formado parte de la Comisión Popular de Salubridad, fueron dos de los beneficiarios con esta condecoración.

El 2 de agosto del mismo año, la llamada Comisión del Fondo de la epidemia resolvió hacer una distribución equitativa de dinero entre los que habían atendido a los enfermos y a sus familias durante la fiebre.

109. Cf. EN, 15 de julio de 1871.

110. Cf. LP, 16 de julio de 1871.

111. Cf. I. BUCICH ESCOBAR, *Bajo el horror de la epidemia*, Buenos Aires, 1932, 155.

112. Como ejemplo, Félix Chaparro se aferra a este episodio aislado para criticar duramente el accionar eclesial durante la peste. Cf. F. CHAPARRO, *José Roque Pérez*, Buenos Aires, 1951, 203-204.

Aquí se tuvo en cuenta a las congregaciones religiosas, a las que se les pedía un detalle del trabajo realizado y el número de asistidos.<sup>113</sup>

A la vez, al año siguiente de la epidemia, más precisamente el 16 de setiembre de 1872, la Municipalidad aprobó la aplicación de un decreto de 1860 por el cual debía premiarse con una medalla a las personas que se destacaron en su entrega desinteresada a favor de los afectados por epidemias.<sup>114</sup>

Públicamente se realizaron dos reconocimientos más: las palabras del Dr. Guillermo Rawson en la Cámara de Diputados de Buenos Aires reconociendo la labor del clero, y la lista de sacerdotes y religiosas, aunque incompleta, en el monumento a los caídos durante la epidemia que se encuentra en el Parque Ameghino.<sup>115</sup>

## Conclusión

El silencio histórico sobre el accionar eclesial durante la epidemia de 1871 resulta por lo menos sorprendente.

El acceso a las fuentes y a diversos documentos de la época demuestran claramente que la labor de la Iglesia en contra de la fiebre amarilla y su atención a los enfermos fue muy importante. El trabajo heurístico y de investigación permiten llegar a esta conclusión.

Hay varios indicadores para afirmar esto: el primero de ellos está referido al número de muertos. Comparando las cifras de mortalidad por profesiones resulta evidente que el grupo social que más víctimas tuvo fue el clero de Buenos Aires, incluso para diarios anticlericales como *La República* que afirmó que superaron los cincuenta muertos. Los médicos muertos fueron doce, los farmacéuticos, cinco, la Comisión Popular tuvo sólo cuatro bajas.

La proporción de sacerdotes fallecidos durante el ataque del flagelo demuestra en forma concluyente que éstos estuvieron acompañando a los enfermos en sus últimos momentos, sin abandonarlos como sí hacían muchos familiares por miedo al contagio. Cabe recordar que los lugares cerrados en los que estaban los infectados eran el ámbito propicio para la vida del mosquito trasmisor de la fiebre. Mientras muchos huían despavoridos

113. Cf. H. PALACIOS, *op. cit.*, 151

114. *Ibid.*

115. *Ut supra*, 20 y 21

de sus casas e incluso de la ciudad, los miembros del clero se acercaban a los lechos de muerte, incluso con el riesgo de contagiarse y morir.

Otro indicador importante para afirmar la relevancia de la tarea eclesial contra la peste de 1871 es cómo la Iglesia participó y trabajó en conjunto con otras organizaciones, incluso no religiosas. Ya desde el comienzo de la epidemia, las casas parroquiales quedaron a disposición del Consejo de Higiene Pública, que designó para cada una de ellas un médico que debía vivir allí con un asistente, para ser localizado fácilmente por la población.

En la Comisión Popular se destacaron dos sacerdotes, Domingo José César y Patricio Dillon, quienes, a pesar de trabajar con activos masones, no abandonaron su lugar de lucha, dedicándose a acompañar a los inmigrantes que estaban errantes por la ciudad como consecuencia de la quema de los conventillos.

En distintos medios periodísticos se señalaba diariamente las cifras de donaciones recibidas por la Comisión Popular; es sorprendente que las mayores cifras correspondían a asociaciones laicales, que generosamente entregaban todas sus colectas.

Monseñor Aneiros estuvo a la altura de las circunstancias, cuando en una actitud dialogal con el gobierno, suspendió todas las celebraciones de Semana Santa y recomendó a los fieles permanecer en sus casas, en sintonía con las medidas preventivas que tomaban el Consejo de Higiene y la Comisión Popular.

A la vez, las diversas congregaciones religiosas trabajaron incansablemente en los hospitales o visitando enfermos en sus hogares, suspendiendo toda otra actividad pastoral que no tuviese relación directa con la lucha contra el flagelo de la fiebre. Algunas de ellas trabajaron en conjunto con las damas de la Sociedad de Beneficencia, cuya presidenta María Beláustegui de Cazón, se caracterizó por un fuerte compromiso con los desposeídos desde sus creencias religiosas.

Un tercer indicador que demuestra el extraordinario trabajo eclesial durante la epidemia, es curiosamente la gran cantidad de críticas que se le hicieron en ese tiempo, que dejan ver las diversas tareas que la Iglesia llevaba a cabo. Los diarios dedicaban mucho espacio a atacar a los sacerdotes por la realización de novenas, procesiones y misas para pedir el cese de la peste. También se condenaba la visita que hacían a los enfermos para administrarles el sacramento de la unción, o la atención que prestaban a los inmigrantes italianos que eran considerados los culpables del mal.

Cabe consignar que en el Diario de la epidemia de Mardoqueo Navarro existen también referencias a la Iglesia donde se la critica o simplemente se menciona alguna de las actividades que realizaba. Si se tiene en cuenta la brevedad de la obra de Navarro, indudablemente la Iglesia fue protagonista de la lucha contra la fiebre ya que entre tantas cosas para consignar el autor optó varias veces por temas eclesiales.

La controversia religiosa por el funeral del periodista masón Francisco López Torres fue el desencadenante de las mayores críticas contra la Iglesia y del silencio posterior.

La historia, también influenciada por un fuerte liberalismo anticlerical, cada vez que se dedicó a tratar el tema de la epidemia de fiebre amarilla, destacó sólo la labor de la Comisión Popular en detrimento del clero y las congregaciones religiosas.

Indudablemente el trabajo heurístico realizado permitió sacar a la luz muchos datos que no eran tenidos en cuenta al hacer un estudio sobre la epidemia de 1871, la investigación en los archivos médicos y las diversas publicaciones especializadas, los archivos religiosos, los diarios de la época, los documentos oficiales, etc. ha sido fundamental para desentrañar una parte de la historia de la gran epidemia que no se conocía.

Este trabajo quiso ser, precisamente a partir de esas fuentes, un aporte a la objetividad histórica, sacando a la luz la gran tarea que realizó la Iglesia de Buenos Aires durante el flagelo de 1871.

JORGE IGNACIO GARCÍA CUERVA

25-08-2003